

«A veces es mejor no conocer a los escritores»

Ángel Esteban Escritor

El escritor Ángel Esteban, a caballo entre Nueva York y Granada. :: CLARA BARROSO



JUAN VELLIDO

Con prólogo de Mario Vargas Llosa, publica en Editorial Periférica 'El escritor y su paraíso. Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios'

GRANADA. Es catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Granada, Ángel Esteban (Zaragoza, 1963), profesor visitante en más de treinta universidades de todo el mundo, ha escrito numerosos ensayos sobre literatura. Es autor, entre otros libros, de 'Gabo y Fidel. El paisaje de una amistad', 'Cuando llegan las musas. Cómo trabajan los grandes maestros de la literatura'; 'De Gabo a Mario. La estirpe del boom'; 'El escritor y su paraíso', del que le ha escrito el prólogo el Premio Nobel Mario Vargas Llosa, que es su último libro.

Su vida transcurre entre Nueva York y Granada (reparte su actividad docente en estas dos ciudades). Y entre ambas, una labor investigadora y su larga vocación de escritor, su vida entre bibliotecas y escritores.

–Su libro 'El escritor en su paraíso' recoge el trance de 30 reconocidos escritores que fueron bibliotecarios. ¿Se trata de un homenaje a la biblioteca y a los libros?

–Exactamente. En una época en que parece que los libros de papel van a desaparecer, y las bibliotecas pueden convertirse en museos, es necesario defender esos lugares que durante siglos han sido la fuente de la cultura y la ciencia: las bibliotecas.

–No es el primer libro sobre bibliotecas que publica esta editorial.

–Iniciativas como la de la Editorial Periférica, con un enorme elenco de libros que hablan sobre libros, bibliotecas y literatura en general, son encomiables, porque además la editorial se esmera en todos los detalles de la edición: cubierta, tipo de papel, tipo de letra, márgenes, etc. No somos los únicos que libramos esa batalla: recientemente se ha publicado un ensayo magnífico, 'Elogio del libro de papel', de Antonio Barnés, y la novela de Marta López Luaces, 'Los traductores del viento', que es también, entre otras cosas, un alegato en favor de la palabra escrita y las bibliotecas.

–Vargas Llosa ha escrito el prólogo de su libro. Para él 'trabajar' en una biblioteca es leer y escribir en ella, rodeado de «ojos de sabios, poetas pensadores y creadores inmensos».

–Así es: a veces esos sabios están en las palabras de sus libros. Otras veces, en carne y hueso. Anota el Premio Nobel que, estando un día en la Biblioteca Nacional de París, mientras leía un libro loco sobre locos, 'Los Enfants du limon', de Raymond Queneau, levantó la vista del libro y se dio de bruces con Simone de Beauvoir. Hace unos meses me encontré con Paul Auster en la Biblioteca Pública de Nueva York. Trabajar viendo trabajar a un grande es un privilegio.

Bibliotecas del mundo

–¿Usted es usuario impenitente de las bibliotecas?

–Desde niño. Comencé con la biblioteca de mi barrio, en Zaragoza. Luego fueron las universitarias de Zaragoza y Granada, más tarde la de Illinois, donde hice mi tesis, y a partir de entonces, decenas de bibliotecas de todo el mundo, de Nueva York a Nueva Delhi, de aquí a Lima, de Roma a La Habana. En ocasiones, cuando estoy de viaje, entro en las bibliotecas de las ciudades que visito, en todo el mundo, cuando me topo con una de ellas, como lo haría en cualquier lugar de culto. Es una atracción irresistible, casi fatal.

–Se diría que cada escritor tiene una

EL LIBRO

► **Título.** 'El escritor y su paraíso. Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios'.

► **Editorial.** Periférica.

► **Autor:** Ángel Esteban.

► **Prólogo:** Mario Vargas Llosa.

► **Precio.** 19.95 euros.

LAS FRASES

«Es necesario defender esos lugares que durante siglos han sido la fuente de la cultura y la ciencia: las bibliotecas»

«Para el conocimiento profundo y dilatado de cualquier tema creo que es necesario seguir usando libros y bibliotecas»

ciudad preferida y está enamorado de una biblioteca. ¿Cuál es su predilecta?

–La de la Universidad de Illinois, en un pequeño pueblito al sur de Chicago que se llama Urbana-Champaign. Cien mil habitantes pero una gran universidad, con más de 15 millones de libros en su biblioteca. Allí he pasado cientos de horas y he mantenido charlas incontables con amigos y colegas de doctorado, como Javier Cercas, que hace 25 años ya tenía claro que quería ser escritor, y que sus días en aquella biblioteca iban a ser más útiles para dar rienda suelta a su vocación literaria que a sus obligaciones como doctorando. Pero en este asunto soy promiscuo y polígamo: adoro también la de Princeton y la Pública de Nueva York.

–¿Cree usted que las bibliotecas imprimen carácter a la literatura de los escritores asiduos, a los consumidores y amantes de esas viejas e históricas salas de libros?

–No especialmente. Son solo lugares donde se puede trabajar bien, donde se puede encontrar lo que uno quiere, donde se busca un refugio contra la intemperie, donde hay cómplices anónimos que respetan el trabajo de quien respeta el de los demás. En algunos casos concretos, como el de Umberto Eco, han podido ser fuente de inspiración, pero nada más.

–El protagonista de su libro es un universo de libros y de escritores que es la biblioteca ¿es cada vez menos visitada?

–Creo que no. Siempre que voy a bibliotecas, están llenas de gente. Las universitarias están tan repletas como en los tiempos en que yo estudiaba, a veces más, sobre todo en tiempo de exámenes. Y las de los barrios y las ciudades también. Es mi experiencia. Hace poco, viajaba de Pennsylvania a New Jersey por carreteras comarcas, y al atravesar una pequeña ciudad, Old Bridge, perdida en un bosque, vi la biblioteca y entré. No encontré un lugar donde sentarme. Lo mismo me ocurrió en Cuzco y en Caracas.

–Internet y las llamadas redes sociales copan la atención de las nuevas generaciones. ¿Cree usted que el papel de la biblioteca como referencia de la literatura seguirá siendo el mismo?

–Internet es muy útil para los datos puntuales o los que se necesitan con urgencia, pero para el conocimiento profundo y dilatado de cualquier tema, creo que es necesario seguir usando libros y bibliotecas. No me fiaría de un médico que ha pasado toda su carrera echando mano del 'Rincón del vago'.

–Habla usted en su libro de la capacidad de seducción de los libros y de la falta de correspondencia, a veces, de la actitud del escritor y lo que este escribe

–A veces es mejor no conocer a los autores. Yo he dejado de leer a algunos de ellos, después de una charla de cinco minutos. Afortunadamente, los libros no son los autores. Otras veces ocurre lo contrario: conocer a un escritor te mete mucho más en sus historias y te implica emocionalmente con ellas. Pero casi siempre es mejor imaginarse a un escritor en función de las historias que cuenta. Con los profesores pasa lo mismo. Algunos o algunas encandilan por su sabiduría y su forma de subyugar cuando explican una materia, pero si hurgas un poco en su vida o su forma de ser, el idolillo de pies de barro se deshace. Por otro lado, es también un principio básico que cada escritor, cuente lo que cuente, siempre está deslizando detalles de su propia vida.

«Texto autobiográfico»

–¿Hay, pues, mucho de autobiografía en la narrativa?

–Todo texto es autobiográfico, incluso las ficciones más inverosímiles. Decía Borges que una vez un hombre quiso crear un mundo y dibujó los árboles, los ríos, las ciudades, los caminos, los continentes, y cuando terminó se dio cuenta que lo que había pintado era la imagen de su cara. A la vez, una obra literaria, aunque relate los hechos de una vida propia, es absolutamente independiente de ella, una vez que ha alcanzado el estatuto de obra literaria. Misterios de la creación artística. Nada más separado de un pintor que un autorretrato, aunque refleje de un modo inquietante su propia forma física. Por eso la literatura seduce: la ficción es algo que aspira a ser.

–Marcel Proust convertía su vida en literatura, y acaso fue su trabajo como miembro de la plantilla de la Biblioteca Mazarina el que le proporcionó la posibilidad de transformarse en escritor.

–En absoluto. Proust es el contraejemplo. Nada más alejado del amor a las bibliotecas y sus tesoros de un Borges, un Onetti, un Ricardo Palma, unos hermanos Grimm, un Vasconcelos o una Gloria Fuertes. Marcel fue allí porque su padre le encontró el trabajo y prácticamente le obligó a ir. El francés deseaba hacer lo que finalmente hizo: encerrarse a vivir una vida de ficción, leer y escribir a sus anchas, sin obligaciones laborales, sin horarios, sin servidumbres de ningún tipo. De hecho, faltaba con frecuencia al trabajo y finalmente fue expulsado de la biblioteca.

–¿Cuál es el escritor que más le ha cautivado de estos 30 que usted ha elegido para su libro?

–Borges, sin duda. Cuando Perón volvió a regir el país, y Borges fue destituido como director de la Biblioteca Nacional, solía recorrer, durante mucho tiempo y a diario, el mismo camino que hacía cuando trabajaba allí. Al llegar a la puerta de la Nacional, se volvía cabizbajo a su casa, después de merodear un rato por la zona, como un perro que ha sido educado para visitar la tumba de su amo.